

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA AMISTAD

En esta Pascua florida de 2009, con la esperanza en la Resurrección, recordando a D. Antonio (su presencia augusta y sencilla a la vez; su voz tranquila, que todo lo llenaba de confianza y serenidad), he ido hilvanando estas reflexiones —históricas, literarias y teológico-espirituales— sobre la amistad y los amigos. Comencemos señalando que lo mismo el hecho de la amistad que sus interpretaciones se extienden en el tiempo tanto como la historia humana. Aquí, deliberadamente, nos limitaremos al pensamiento greco-latino y judeo-cristiano.

La amistad es un tema particularmente tratado por los escritores clásicos. A través de diversas modalidades culturales, la sabiduría antigua fue elaborando un concepto de la amistad entendida como virtud. Así, el mundo homérico contemplaba la amistad dentro de un contexto de nobleza aristocrática, mientras que Pitágoras la ve como caracterizadora de la vida de escuela, donde todo se vive en común en la búsqueda de la verdad. En los trágicos la amistad parece ser sinónimo de fidelidad hasta la muerte para salvar la vida del amigo. Aristóteles fue más allá, considerando la amistad como algo necesario para la vida: “es una de las necesidades más apremiantes e la vida; nadie aceptaría ésta sin amigos” (*Ética a Nicómaco*, VIII, 1). Para Epicuro, entre “todos los bienes que procura la sabiduría para la felicidad, el más grande es la adquisición de la amistad” (*Sentencias rectas*, 27).

El pensamiento latino interpreta la amistad dentro de un horizonte moral voluntarista. De este modo Cicerón mostró cómo la amistad es fundamental para la vida política, pero insistiendo en la visión categorial de la virtud: “Es la virtud lo que forma las amistades y las conserva, puesto que en ella se encuentra la armonía, la estabilidad, la constancia” (*De amicitia*, 3). Por su parte, Plutarco acen-

tuará la necesidad de intimidad: “La amistad se complace en la compañía, no en la multitud; no se asemeja a los pájaros que van en bandadas” (*De la pluralidad de los amigos*).

En los libros sapienciales de la Biblia encontramos algunos de los textos más hermosos que jamás se hayan escrito sobre el tema: “El amigo fiel es refugio seguro; quien lo encuentra, encuentra un tesoro; un amigo fiel no tiene precio, ni se puede pagar su valor; un amigo fiel es un talismán: quien respeta a Dios o consigue” (Eclo 6, 14-16).

Ahora bien, la amistad en el cristianismo tiene fundamento en la vida y la palabra de Jesús, pues “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos” (Jn 15, 13). La novedad del Evangelio consiste en el hecho de que Jesucristo es simultáneamente amigo del Padre y de cada hombre. Se trata además de una amistad que abre el corazón y la vida hacia todos los demás. Después de Pentecostés, la Iglesia primitiva mostró singularmente que sabía vivir en la experiencia gozosa de la amistad comunitaria.

En los siglos de la patrística, Pacomio, Basilio, Juan Crisóstomo y Agustín consideran la amistad entre los monjes como camino espiritual para la recíproca perfección. Pero es sólo Juan Casiano quien trata de la amistad explícitamente como “medio de adquirir formación en la milicia espiritual y para ejercitarse en la vida monástica” (*Collationes*, 16, 1).

Un discípulo de Bernardo de Claraval, el cisterciense Aelredo de Rievaulx, inspirándose directamente en Cicerón escribirá la primera teología cristiana sobre la amistad espiritual: *De spirituali amicitia*. Para él la amistad brota de la naturaleza humana, es sofocada por el pecado y es redimida por Cristo. Más tarde Tomás de Aquino verá en la amistad una dimensión teologal, pues la relación con Dios es amistad.

Después la literatura de espiritualidad ha ofrecido obras clásicas, como el *Llibre de l'amic e l'amat* de Ramón Llull. En el siglo XVI Teresa de Jesús aconsejará: “Buen medio es para tener a Dios, tratar con sus amigos” (*Camino de perfección*, 11, 4). No podemos

dejar de lado la célebre definición teresiana de la oración como trato de amistad con quien sabemos nos ama (*Vida*, 8, 5).

Por otra parte, la historia del cristianismo nos ha dejado un buen legado de fecundas amistades humanas: Agustín y Alipio en Hipona, iniciadores de una larga fraternidad; Francisco, Clara y aquel grupo de los primeros *fratichelli* de Asís que recorrían el valle de Spoleto sembrando paz y bien; los dominicos de la segunda generación Jordán de Sajonia y Diana de Andaló; Ignacio de Loyola, Pedro Fabro, Francisco Javier y otros “amigos en el Señor”, que formaron la primera Compañía de Jesús; la génesis de la reforma carmelitana en la amistad de Teresa de Jesús con Guiomar de Ulloa y después con Juan de la Cruz y Jerónimo Gracián; Francisco de Sales y Juana de Chantal; Enrique de Ossó y sus hermanos en el sacerdocio Manuel Domingo y Sol, Juan Bautista Altés y Francisco Marsal. Y podríamos seguir refiriendo casos prácticamente hasta el infinito...

Quiero acabar con unas hermosas palabras de Egide van Broeckhoven, jesuita obrero y místico, muerto en plena fábrica (1967), quien habla así de un compañero de trabajo no creyente: “Nuestro encuentro había terminado por implicar nuestra intimidad más profunda; aunque en forma velada, él había ya encontrado al Padre y a Cristo en mí y yo en él; Cristo resucitado estaba presente en medio de nosotros por medio de su Espíritu de amor” (*Dios, la amistad y los pobres*).